

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Acta de la sesión del 19 de Noviembre de 1893.

Abierta la sesión bajo la Presidencia del Dr. D. Rafael Marsá y Draper y leída y aprobada el acta de la anterior, preguntó el Sr. Presidente si había algún señor Académico que deseara dirigir preguntas ó interpelaciones á la J. D.; pidió el Sr. Tornero la palabra y le fué concedida, tratando de poner en antecedentes y probar la utilidad de una proposición que deseaba presentar, la cual se refería á la creación de una clase de Académicos honorarios á la cual pertenecerían las *personas notables* que se interesaran por la Academia y los que la habían presidido á satisfacción de los Académicos: expresó también su deseo el Sr. Tornero de que á fin de que se cumpliera el art. 20 probara el candidato la condición 2.^a de este artículo por medio de algún trabajo literario, leído ya en sesión pública ya en sesión privada: el Sr. Presidente manifestó que vería con satisfacción que se presentara la citada proposición.

Pasóse á la discusión del tema pendiente, continuando en el uso de la palabra el Sr. Martí y Bech. Al impugnar la conclusión 1.^a del señor Marsans acusa á éste de que con la latitud que da á los conceptos de socialismo é individualismo, cae en el individualismo que tanto había combatido; dice el Sr. Martí y Bech que si bien la libertad del trabajo no es sistema perfecto es factor de progreso, como lo prueba el adelanto de la industria en lo que va de siglo; reconoce que el problema social es importante, pero niega que el estado social de hoy sea peor que el de otras épocas y termina la impugnación de la conclusión 1.^a, negando al Estado la facultad de coartar la libertad de acción del fabricante: al impugnar la 2.^a conclusión se fija en el argumento presentado por el Sr. Marsans, de que el obrero al contratar su trabajo se halla en desigualdad de condiciones respecto al fabricante, y por tanto el contrato adolece de vicio de origen; á lo que contesta el Sr. Martí y Bech diciendo que en igual caso se encuentra el que vende una finca apremiado por la necesidad, á otro que no tiene ninguna necesidad; por tanto, también, según el argumento del Sr. Marsans, debería ser nulo el contrato y sin embargo es perfectamente válido: fijándose en la 3.^a conclusión acusa al Sr. Marsans de no haber entrado en el fondo de la cuestión, manifestando que á su entender la causa del malestar social es la incredulidad de todos y la desidia de los gobiernos, y cree que quedaría subsanada con la práctica de los Consejos de la Encíclica

Rerum Novarum: al impugnar la 4.^a conclusión dice el Sr. Martí y Bech que cree que el Estado debe proteger á la Iglesia para el cumplimiento de su misión, pero que el Estado no debe entrometerse en el taller como se entromete en la familia, y que su misión debe reducirse á prohibir el trabajo de las mujeres y niños en la fábrica; considera que no son excesivas las horas que el obrero industrial tiene de trabajo y cree que de aumentarse, los obreros agrícolas abandonarían sus tareas para ir á las fábricas, lo cual produciría una perturbación; en resumen, dice que el bienestar social no exige la limitación de las horas de trabajo con tal que no perjudiquen al obrero

Pidió la palabra y le fué concedida al Académico Dr. Pla y Deniel, manifestando estar conforme con el Sr. Marsans respecto á sus ideas sobre los gremios, y citó una frase de D. Felipe Bertrand de Amat en la cual se expresa el concepto de que los mejores monumentos arquitectónicos fueron construídos en tiempo de verdadera libertad, pero notó el Dr. Pla que el Sr. Marsans se había olvidado de dilucidar la cuestión de si los gremios debían volver con los antiguos organismos ó bien reformados; cree el Dr. Pla que lo 1.^o sería erróneo y contraproducente, y que con respecto al 2.^o bastaría con la tutela del Estado. Respecto á la opinión del Sr. Martí y Bech, de que los gremios pasaron porque debían pasar, cita para impugnar esta opinión, la opinión de autores católicos y de los autores racionalistas que como Blunscli y Pérez Pujol defienden la agremiación; cree notar en el Sr. Martí y Bech demasiado amor á lo presente y marcado desdén á lo pasado, opinando el Dr. Pla que de los siglos pasados tenemos mucho que aprender y admirar, puesto que la sociedad pasada desenvolvióse teniendo por norma un ideal preestablecido y marchaba animada por el espíritu, al paso que la sociedad actual está rodeada de materia, hace notar la gran diferencia que hay entre las sociedades obreras de hoy nacidas con espíritu de lucha, pues ya se las llama sociedades de resistencia, y los gremios de ayer que eran agrupaciones que tenían por norma el cariño entre los que las formaban, y termina diciendo que cree conveniente el restablecimiento de los gremios bajo la tutela del Estado, pero voluntarios y de forma que le sea conveniente á los obreros entrar en ellos.

Usó luego de la palabra el Dr. Trabal, manifestándose partidario de la libertad de trabajo como consecuencia lógica de ser una manifestación del don de libertad, que siempre es bueno ejercido moderadamente, creyendo que la diversidad de criterio manifestado por los señores Académicos que le han precedido en el uso de la palabra es debida á la poca fijeza de las denominaciones por ellos usadas.

El Sr. Marsans rectificó brevemente, y viendo que era la hora reglamentaria el Presidente levantó la sesión después de usadas las preces de costumbre.

El Secretario accidental,
MIGUEL BARELLA.

Se convoca á los señores Académicos para la sesión privada, que tendrá lugar el domingo 17 de los corrientes, á las 10 de la mañana, y en la cual el Académico D. Alejandro Tornero disertará sobre los elogios que se han tributado al Quijote de Cervantes.

El presidente,
RAFAEL MARSÁ Y DRAPER.

El Secretario,
JUAN BURGADA JULIÁ.

Barcelona 4 de Diciembre de 1893.

Sesión extraordinaria del día 3 de Diciembre de 1893

Empezó á las cuatro de la tarde en punto, bajo la presidencia del M. Rdo. P. Francisco Llonch, Provincial de las Escuelas Pías de Cataluña, y del M. Rdo. P. Antonio Anglada, Rector del Colegio, junto á los cuales se sentaban el Director de la Academia, P. Eduardo Llanas, y el Presidente de la misma Dr. D. Rafael Marsá y Draper. El salon del Colegio se hallaba completamente ocupado por distinguida y brillante concurrencia, y las galerías estuvieron destinadas para los señores Académicos. A cada uno de los asistentes del acto se les entregó un programa, que estableció el orden de la sesión y que se cumplió en todas sus partes. Lo transcribimos á continuación porque por sí solo da una idea exacta de la sesión celebrada.

ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS DE BARCELONA

Sesión inagural del curso de 1893-94

PROGRAMA: 1.º *Intermezzo Musicale*, para violines, violoncellos, armonio y piano, de MASCAGNI.—2.º *Memoria*, sobre el movimiento de la Academia, por el secretario saliente D. José M.º de Olalde.—3.º *A María*, poesía de Pedro Huguet, recitada por el Académico don Emilio Vallés.—4.º *La Concepción*, de A. J. Grillo, recitada por el Académico D. Juan Valls.—5.º *Barcarola*, para dos violoncellos y piano de R. UCHSEL.—6.º *Las dos Niñas*, poesía del Académico D. Alejandro Tornero, leída por el Académico D. Bartolomé Canals.—7.º *Discurso inagural*, por el Presidente de la Academia Dr. D. Rafael Marsá y Draper.—8.º *Ave María*, cantada por el Académico D. Alvaro Camín, de MERCADANTE.

9.º *A mi médico*, poesía de Vital Aza, recitada por el Académico D. Juan Gui.—10. *La Justicia y la Fortuna*, poesía de Felipe Pérez y González, recitada por el Académico D. A. Elías.—11. *Melodía* para violoncellos, con acompañamiento de piano y armonio, de SCHUBER.—12. *A buen juez mejor testigo*, leyenda de J. Zorrilla, por el Académico D. Juan Burgada y Juliá.—13. *Largo*, para violines, violoncellos, armonio y piano, de HAENDEL.

NOTA.—Los papeles de violín á cargo de los Académicos D. J. de Satrústegui, D. J. Camín y D. C. de Barrie; los de violoncello, á cargo de los Académicos D. M. Tomás, D. J. Oller, D. F. de Olalde, D. F. de López, D. Luis Masriera y D. A. Bonaplata; el piano á cargo de los Académicos D. A. Camín, D. P. Cabot y D. M. Puig; y el armonio á cargo del profesor D. Francisco Mateu.

Por ausencia del Secretario saliente, fué leída la Memoria por el infrascrito. En ella narra el Sr. Olalde los principales actos realizados por la Academia durante el curso anterior, así como las distinciones de que la misma ha sido objeto por parte de Su Santidad, entre ellas el nombramiento de nuestro Director, el Padre Llanas, para el cargo de Consultor de la Sagrada Congregación del Índice, distinción que la Academia toma como propia.

El discurso del Sr. Marsá y Draper versó acerca del fin principal que se propone LA ACADEMIA CALASANCIA, cual es el cultivo de las ciencias y de las letras bajo la égida de la fe, demostrando con argu-

mentos irrecusables que lejos de desmentir la ciencia al dogma, halla en éste su natural fundamento.

En el exordio de su discurso el señor Marsá se felicitó de ver nuevamente en la Academia, ya por completo restablecido de cruel enfermedad, á su digno antecesor en la presidencia, don Narciso Pla y Deniel, á quien dedicó expresivas frases de elogio; y lamentó en sentidas palabras la muerte del que fué Rector del Colegio y docto profesor Reverendo padre José Gispert.

Nutridos aplausos coronaron el trabajo del señor Presidente de la Academia.

La parte musical, inteligentemente dirigida por el Académico don José A. Sala, mereció ser aplaudida con entusiasmo por la complacida concurrencia, y fué opinión universal que todos los números del programa lograron una ejecución esmerada é irreprochable. Esta sección de la Academia Calasancia se ha colocado á una altura verdaderamente envidiable, y de ello dió muestras gallardas en la sesión del día 3 de los corrientes.

Todos los lectores de poesías fueron aplaudidos, después de haber sido escuchados con visible complacencia, habiendo merecido los señores don Juan Gui y don Alfredo Elías los honores de la repetición por su magistral lectura.

El Secretario,

JUAN BURGADA JULIÁ.

Barcelona 5 de Diciembre de 1893.

EL COLOSO DEL NORTE

II

La ocupación de una parcela de territorio en la costa del Mediterráneo, que sirva de apostadero á sus buques, podrá ser un medio, una necesidad, si se quiere, para la seguridad, refugio y aprovisionamiento de la escuadra rusa estacionaria en este mar; pero en manera alguna podemos imaginar que tal adquisición territorial sea el fin á que ha obedecido la creación de esta escuadra. Si esta apropiación se realiza, si Rusia con pretexto de necesitar un depósito de carbón (estilo inglés), adquiere un puerto en la costa africana, ó logra de Grecia la cesión de una de sus islas á cambio de su protección valiosa, no por eso habrá llenado su objetivo la flota mediterránea del Czar.

La organización de la misma obedece á un fin ulterior, que debemos procurar desentrañar en lo posible, tratándose de un Estado tan poderoso como el Imperio moscovita, cuya política esencialmente expansiva é invasora ha sabido aprovechar todas las ocasiones favorables para aumentar su territorio hasta lograr las gigantescas proporciones que hoy alcanza, y al cual Estado una mayor preponderancia podría hacer dueño de la

Europa absorbiendo todas las nacionalidades europeas en su seno cual nueva Roma de los tiempos modernos.

Momentáneamente el poderío ruso podrá ser una garantía de paz, que tanto protesta desear Alejandro III, y aún un beneficio y un apoyo para determinadas potencias como Francia que al Czar Alejandro ha de agradecer, después de León XIII, su rehabilitación á la faz del mundo; y como España que á la alianza franco-rusa debe haber podido ejercer con entera libertad su acción en Marruecos sin temor á los recelos y amenazas, y aún quizá á una acción directa, del gabinete de Saint-James.

Estas ventajas momentáneas pueden empero convertirse en motivos de inquietud mañana, conforme hemos indicado.

Hasta ahora asustaba á muchos, y mucho preocupaba á la diplomacia, el temor de ver convertido en un *lago inglés* al poético mar que arrulla nuestras costas, y que tantos pueblos ha visto nacer, engrandecerse y derrumbarse, recordando aquella exacta frase, que la historia confirma, de un eximio publicista francés: «el mundo tiene, quien tiene el Mediterraneo,» y contemplando á la Inglaterra dueña de una flota sin rival y de una porción de puertos, estratégicamente escalonados, seguros contra las tempestades, invulnerables como fortalezas.

Efectivamente, Inglaterra tenía en su mano las llaves del Mediterráneo: Gibraltar y el Egipto. Además, poseía en el centro la isla de Malta, considerada inexpugnable, y en el Mediterráneo oriental las islas Jónicas y Chipre.

Las islas Jónicas cediólas á la Grecia, poco después de haber sacudido esta última el yugo de la Sublime Puerta. Gibraltar sólo sirve hoy como guarida de contrabandistas y depósito de carbón, habiendo perdido completamente su valor estratégico, que también ha disminuído en las demás posesiones mencionadas, gracias á los progresos realizados por la artillería en nuestros días.

Mucho más palpable es la decadencia del poder marítimo inglés con relación á su flota. Ayer no conocía rival, hoy por el contrario, la flota francesa es muy superior á la inglesa en el Mediterráneo. Forman la escuadra francesa de este mar 16 acorazados, 11 cruceros y 95 embarcaciones menores (torpederos y cañoneros), al paso que la flota británica sólo cuenta con 11 acorazados, 8 cruceros y docena y media de barcos de menor tonelaje. Y al lado de Malta, Gibraltar, Alejandría, Larnaca y Damietta tiene Francia los magníficos puertos y arsenales de Port-Vendres, Marsella, Villefranche, Ajaccio, Bastia, Orán, Argel, Philippeville, Túnez y otros, sobre todo Bizerta y Tolón, principalmente este último, cuyos astilleros y arsenal consideran los técnicos superior bajo todos conceptos al de Portsmouth, el mejor de la Gran Bretaña, y aun algunos afirman que el arsenal de Tolón es el primero del mundo.

Y por último, en cuanto á pericia, bravura, perfección y buenas condiciones de sus barcos, tampoco tiene nada que envidiar la marina de la Francia á la británica. El desastre del «Victoria» en aguas de Trípoli, echado á pique por el «Camperdown» en plena bonanza y en pacífica maniobra, acusa, cuando menos, una gran imprevisión en el que la dirigía. Y el almirante Tryon era uno de los marinos más respetados de la flota de su Graciosa Majestad. Recordamos este hecho, como podríamos citar algún otro, para demostrar que las cualidades de la marina británica son bastante deficientes en el día.

Inglaterra, que sabe que el poderío naval es la base de su poderío, y que ha comprendido que éste no está hoy á la altura conveniente, ha buscado refuerzos para su flota mediterránea, que bien los necesita si quiere conservar su prestigio marítimo, ayer indiscutible y hoy tan discutido. La patriótica campaña vigorosamente sostenida en el Parlamento y en la prensa, y en que se han distinguido principalmente Lord Carlos Beresford en el primero, y *The Daily Graphic* en la segunda, dará seguramente sus resultados, pero las escuadras no se improvisan y por ahora no tiene Albión otro recurso que buscar estos refuerzos en las escuadras de otras potencias que cooperen á su obra.

De ahí se origina su inteligencia, cada día más acentuada con la Italia. Y aún se murmura si el reciente viaje del Canciller de Austria-Hungria, conde de Kalnoky, á Monza ha tenido por objeto, aparte otros, el de fijar la cooperación de la flota austriaca al lado de la anglo-italiana.

Pero si al lado de la flota británica encontramos la italiana y aún la austriaca, también al lado de la flota francesa está aliada la flota del Czar.

La escuadra rusa del Mediterráneo es hoy una escuadra poco más que embrionaria. Pero Rusia se encuentra en disposición de aumentar considerablemente esta escuadra, ya que en conjunto el poderío naval ruso ha crecido rotablemente estos últimos años.

Ya desde un principio, desde aquellos legendarios días en que Pedro el Grande, el fundador del Imperio moscovita, joven aún, se entretenía maniobrando con pequeñas embarcaciones en el lago de Perezlaf, y posteriormente visitaba y aún trabajaba confundido entre los obreros en los arsenales de la Holanda, en los talleres de Saardan y Deptford, siempre, en todas las épocas, en todas las circunstancias parece haber sido su grito de guerra: ¡Dadme agua, que tierra tengo!...

Constantemente se ha preocupado la Rusia de su poderío marítimo. Así, á la muerte de Catalina II contaba ya con 50 navios de línea, 27 fragatas, 200 galeras y una porción de embarcaciones menores.

Hoy es realmente formidable el poder de su marina. Su escuadra del Báltico cuenta con 5 grandes acorazados, 14 cruceros, 5 cruceros-torpederos; 16 contra-torpederos, 7 guardacostas, 12 cañoneros y 90 torpederos múltiples. Para el dominio del mar Negro, hoy *mare clausum*, según el tratado de París, tiene también 5 acorazados y además 1 crucero ordinario, 3 cruceros-torpederos, 6 cañoneros, 14 torpederos de alta mar y 7 torpederos guardacostas. La flota de Siberia se compone de 4 cañoneros, 4 torpederos de alta mar y 4 guardacostas. Tiene, por fin, una escuadrilla de vigilancia en el Caspio compuesta de 2 cañoneros y 4 vapores de ruedas. Además, hay ahora en sus arsenales en construcción ó á flote 3 acorazados de 10,300 toneladas, 2 de 8,000 y otros 2 de 12 y 11 mil.

Ahora bien: contando como cuenta la Rusia con los arsenales de Cronstadt y Libau en el Báltico, Sebastopol en el mar Negro y Wladivostock en el extremo Oriente, frente al Japón, que constituyen cuatro centros de defensa seguros é invulnerables, y contando como cuenta con un verdadero enjambre de torpederos y contra-torpederos y cañoneros, fuerzas suficientes para la defensa de sus costas, ¿acaso no podría con sus magníficos acorazados y cruceros del Báltico, como el «Ruzik» y el «Pultava» reforzar poderosamente su escuadra del Mediterráneo hasta hacerla tan poderosa como la italiana, y sumar, por consiguiente, junto con la Francia un total de fuerzas navales superiores á las flotas unidas de Inglaterra é Italia y aún quizás de Austria-Hungria?

He ahí porqué hoy que ha desaparecido el peligro de ver convertido el Mediterráneo en un lago inglés amenaza, por el contrario, la contingencia de que se convierta en un lago franco-ruso mañana y más adelante, Dios no lo permita, en un lago exclusivamente ruso.

Mayormente sería así el día que Rusia tuviera espedito el paso del Bósforo y de los Dardanelos, y más aún acaecería lo anteriormente escrito el día que lograra sentar sus reales en Constantinopla, aspiración tradicional de su política, consignada ya en el legendario testamento de Pedro el Grande, y fin al que parece se dirigen mediatamente sus esfuerzos.

J. B. y C.

Barcelona 23 de Noviembre de 1893.

Desconocimiento del Arte de la lectura en España.

Nos hemos lamentado en distintas ocasiones del atraso en que se encuentra en nuestra España el Arte de la lectura. Las personas que pudieran darle la importancia que merece por la

posición que ocupan en el mundo de las letras, apenas si saben distinguir el mérito de un buen lector. No ha arraigado en nuestro país la consideración á un lector artístico, lo cual no podemos en manera alguna suponer que sea debido á una ignorancia innata no susceptible de ser destruída mediante la atención y el estudio, sino que se debe más bien quizás á la escasez de buenos lectores y al ningún espíritu de propaganda en favor de este bello Arte.

Si las clases medianamente instruídas y hasta las verdaderamente instruídas no tienen en el aprecio que se merece la labor delicada de un lector de mérito, ¿cómo será posible que la masa popular, la opinión general, se decida en favor del artista de que se trata? Desagradable y penosa impresión produce en nuestro ánimo, el que tras la magnífica lectura de una poesía de mediana composición se diga, en el colmo del entusiasmo, «¡hermosa poesía!» dándose mayor importancia al autor que al lector, y sin tener en cuenta que aquella poesía mala ha sido embellecida mediante una perfecta lectura. No somos partidarios de exageraciones, y por esto no queremos suponer que todo el mérito, en el caso precedente, se atribuya al autor, aunque si no es así bien poco falta: y recuerde el que lea estas líneas que habrá tenido seguramente ocasión más de una vez de oír después de la buena lectura de una tan sólo regular poesía, frases en las que se descubre el aplauso directo al autor dejando en lugar muy secundario al *ejecutante*.

Este proceder es tanto más chocante, si se tiene en cuenta que la afición á las lecturas públicas está muy arraigada entre la gente joven; lo cual tendría que representar un esfuerzo común para dar vida brillante y respetada al Arte que cultivan, dejando por consiguiente cada cosa en su lugar. A fe que para tal empresa habría medios de sobra, y á fe también que no sería insignificante el trabajo que para ello tendrían que poner los *nuevos artistas*, pudiendo demostrar de esta suerte que no se trata de ideales risibles y baladí: por el contrario, procurando, sostenidos por su noble afición y la unidad de sentimientos, obtener las consecuencias más ventajosas del Arte á cuyo cultivo se entregan ahora con más ó menos acierto, podrían demostrar que también ellos merecen una por una todas las palmadas que se dirigen al autor de la poesía recitada; porque si bien ésta es *muy hermosa y muy sentida* (frases de alabanza que acostumbran á dirigirse con el mayor candor al que en opinión del público lee muy bien), también el lector ha pasado algunas horas desentrañando en cada letra el pensamiento que el autor dejó impreso en su composición, con el laudable fin de demostrar públicamente con su talento ó su inspiración, que en realidad la poesía es *hermosa y sentida* ó que, no siéndolo, se revistió de estas cualidades al ser recitada, merced á una y mil veces *más hermosa fic-*

ción artística. Con lo cual queda á lo menos nivelado (y no es mucho conceder) el mérito del autor con el del lector ejecutante.

Pero ya se ve: gente ilustrada, masa popular y lectores principiantes, todos se encuentran dentro de una atmósfera extraña cuando de recitación se trata. ¿Cómo es posible que coloquemos á los últimos entre los desconocedores del Arte de la lectura, cuando acabamos de decir que la afición á la misma está muy arraigada entre la gente joven? Por la vulgarísima razón de que la afición hacia determinado Arte no implica el dominio del mismo. Oigase sino á ese conjunto de recitantes, que haciendo las delicias de toda reunión más ó menos distinguida, creen poseer el secreto de interesar al auditorio con sus poesías, bien impresionándole vivamente, ya excitando su hilaridad... lográndolo con éxito; pero ¿de qué medios se valen? de los más reñidos con el Arte, pues confunden el sentimentalismo con el énfasis declamatorio, lo cómico con lo bufo apayasado.

No nos proponemos indicar sistemas de propaganda ni pretendemos dar consejos á nadie. Sólo nos lamentamos (ya sabemos que inútilmente) del desconocimiento casi absoluto en nuestra España del Arte de la lectura. Una sola vez tuvimos noticia de que iba á rendírsele culto oficial, no importa indicar en qué ocasión y con qué motivo. Se trataba de comprobar la capacidad artística de todos los que desearan leer una poesía anunciada de antemano para dar lugar, naturalmente, á su estudio. Nos enteramos con satisfacción del plan seguido para este objeto y de las condiciones en que debía celebrarse el acto, y decimos con satisfacción porque creímos que el... llamémosle *tribunal* destinado á juzgar había procedido con sumo acierto. Este se vió reflejado en todas sus disposiciones, y si bien borró algo nuestra primera impresión algún detalle individual de alguno de los miembros que le componían, el buen celo por cumplir bien no resultó del todo menguado.

Alguien hubo de entre los aspirantes, que acudió con recelo al llamamiento. No supimos distinguir á su simple vista si se trataba de un inteligente en el Arte de la lectura ó de un lego, y atribuimos su actitud á una probatura á título de curiosidad ó de desocupado. Cúmplenos decir para satisfacción propia y de los amantes del Arte de la lectura, que el que sobresalió entre todos estaba dotado de verdaderas cualidades de lector, aunque en ocasiones no diese con el verdadero tono del recitado. Cuando salió de su examen el aspirante á que nos hemos referido, vimos dibujada en su rostro la misma serenidad que tenía al entrar, y en sus labios una sonrisa que nos pareció irónica. Le interrogamos discretamente y nos manifestó cuál había sido su sorpresa, al notar que más de dos individuos del *tribunal* habían tenido el mal gusto de estar con la vista fija en el ejemplar mien-

tras duró la lectura, sin dirigir al lector una sola mirada para apreciar su posición y su mímica. «La actitud de aquellos señores, añadió, me producía el efecto de la de un maestro de escuela pronto á corregir á sus alumnos de la pausa que corresponde á una coma olvidada en la lectura, ó de la completa suspensión después del punto final.»

Esta chistosa y atinada comparación nos hizo recordar, que al tener noticia de la convocatoria para la *lectura artística*, quisimos hacernos cargo del alcance de estas palabras, según el modo de entender del iniciador de esta especie de oposiciones.

—Se trata, pues, según rezan las bases, de una lectura....

Sin dejarnos concluir la frase nos contestó el mismísimo iniciador en persona:

—Sí; se trata de una lectura.... en fin.... de una *lectura declamada*, ¿sabe V.?.... una *lectura artística*.

Ibamos á observarle si para él lo primero equivalía á lo segundo, pero sin dudar un momento de su competencia y antes que ponerle en el aprieto de una contestación improvisada, preferimos no insistir más. Pero harto nos pesa no haberlo hecho, pues aseguramos que desde aquel día no hemos cesado en el intento de pretender explicarnos, aunque inútilmente, cómo debe entender el lector en buenos principios de Arte el concepto *lectura declamada*, expresado con palabras tan contradictorias entre sí.

ALFREDO ELÍAS.

Orrius 18 Noviembre.

LA SAGRADA EUCARISTÍA

ROMANCE PREMIADO EN EL CERTAMEN DE VALENCIA

En la hostia y en el cáliz,
Que mirais, Dios y hombre asisto;
Tan hombre que á morir voy;
Tan Dios, que á los cielos riño.

(El maestro Valdivieso.—Romancero espiritual.)

Alma, no duermas ya más,
Que el sol por el monte asoma,
Y no hay ave que no cante,
Ni niebla que no se esconda.
Despierta presto; que el sol
Es Cristo en la blanca hostia,
Y no es bien que estés dormida
Si El de tus sueños se enoja.
Hasta el lecho donde yaces,
Envuelta en pesadas sombras,

Llegan sus rayos divinos,
Heraldos de sus congojas.
Congojas de amor, por verte
Olvidada de sus glorias
Y de tí misma olvidada,
Correr tras ensueños loca.

El es sol, que no se muda,
Aunque su amor lo transforma
De Dios, que ciega y que hiere,
En Dios, que llama y perdona.

Asómate á la ventana,
 Y oye sus rendidas notas,
 Que aunque El es fuego, que enciende
 También es galán, que ronda.
 Galán tan enamorado,
 Que se quita la corona,
 Y de su manto de púrpura
 Y del cetro se despoja,
 Y viene por las cañadas
 De Belén, pisando alfombra
 De escarcha dura, á llamarte
 Con silvos de amor, pues llora.
 Arrebozado en la capa
 De nuestra carne afrentosa,
 Su divinidad oculta,
 Pues divinidad asombra;
 Y cubierta de rocío
 Su hermosa cabeza blonda,
 Te busca, agreste zagala,
 Pues quiere llamarte esposa.

Mira si su amor es fino,
 Que al acercarse á tu choza,
 Quién es encubre á tus ojos,
 Para hacerte después diosa.
 El se oscurece y tú luces,
 El se humilla y á tí honra,
 El se baja y á tí alza.
 ¡Oh amor, que todo lo arrostra!
 Ríndete ya á tanto fuego,
 En sus brazos amor toma,
 Y, hechas brasas tus entrañas,
 A El, alma, te entregas toda.

Mas tus fuerzas languidecen
 Y en tí el miedo bríos cobra
 Y tus pupilas se apagan
 Y tus párpados se entorrecen,
 Porque del árbol prohibido
 La manzana tentadora
 Dió á tus gustos el hastío
 Y á tu valor la deshonra.
 No temas, Alma, no temas,
 Porque él es la fresca poma,
 Que, para remedio nuestro,
 Pendió del árbol del Gólgota.
 El es manjar y es la vida;
 El es pan, que fuerzas logra;
 Pan, que en sus castas entrañas
 Anasó celeste Aurora.
 Come ese manjar y vive,
 Gusta de ese pan y cobra
 Fuerzas, que á silvos robara
 La serpiente seductora.

Mas tú á sus aras no llevas,
 Cuando como pan lo comas,
 Vestigios de otros amores,
 Que es celoso de su honra;
 Y aunque El es manjar divino,
 Es funesto al que lo tema
 Amancillado su pecho
 Con mancha de malas obras.
 Esclavo de tus amores,
 Siendo Dios, no encuentra angosta
 Ni la cuna donde nace,
 Ni la cruz en que se inmola,
 Ni la cárcel donde habita,
 Ni el pan en que se transforma,
 Y á la prisión de tu pecho
 Enamorado se arroja.

Alma, á tanto desvarío
 Fuerza es que te vuelvas loca,
 Si no te vuelves esclava
 Del que te sirve á tal costa.
 El es Sol, Galán y Esclavo,
 Pan, que mata el hambre indómita
 De gustos, que no se sacían
 Y placeres, que se agostan.
 Y si en el largo desierto
 De la vida, entre las olas
 De arenales, que se encrespan,
 Sentimos la sed hidrópica,
 Es el néctar de los cielos,
 Que jamás al hombre agota,
 Y con solo un sorbo apaga
 Por siempre la sed rabiosa.
 Alma, de esa sangre bebe,
 Bebe tan sólo una gota;
 Verás qué ganas te nacen
 De llevar tu cruz al Cólgota,
 Y qué hastío del placer,
 Y qué pena de la gloria,
 Y qué vehementes deseos
 De estar con Dios siempre á solas;
 O de ir llevando su nombre
 Monte á monte, costa á costa,
 Como lleva el sol la luz
 Y el aire vida en sus ondas.

Dios muere, porque tú vivas,
 Dios es pan, porque tú comas,
 Y en la última batalla
 No pregonen tu derrota.
 ¡Excelencias del amor,
 Siempre faego, siempre hostia
 Sacrificada al impulso
 Del afán, que lo aprisiona!

¡Finezas de un Dios que muere
 Con solitarias congojas,
 Derramando por el hombre
 Toda su sangre preciosa!
 Y halló tan dulce el morir,
 Siendo su muerte tan hórrida,

Que muere todos los días,
 Y en nuevas aras se inmola
 De los templos eucarísticos
 Entra las místicas sombras,
 Dándote ¡oh alma! en tal muerte
 Ganancias de su victoria.

PADRE FRANCISCO XIMENEZ CAMPAÑA.

(De las Escuelas Pías.)

Granada.

¡BENDITA SEA LA FE!

En mi niñez, recuerdo leía un libro que entre otras traía la siguiente sentencia: «un buen amigo es un tesoro.» Hoy tengo la dicha de poseerlo, pues Conrado es el *dimidium animæ meæ*, es el *alter ego*, es mi amigo. Desde que nos conocimos simpatizamos y el trato convirtió la simpatía en cariño, en amor, en amistad. ¡Qué carácter tan dulce, qué corazón tan noble, qué tacto, qué exquisita delicadeza la suya! Pero no ese tacto y esa delicadeza frutos del continuo roce con la sociedad; virtudes externas con que se engalanan muchas personas, meras fórmulas urbanas que desaparecen ante la menor contrariedad, sino verdaderas virtudes cristianas hijas del alma que Dios dotó de bellísimas cualidades. Es todo un joven, decía días atrás uno de sus sabios catedráticos; y si Dios le concede vida, será el orgullo de la Universidad y una de nuestras glorias literarias. Hay que tener presente que al dotarlo de un gran corazón, completó su obra dándole una inteligencia clara, viva, perspicaz, capaz de las abstracciones de la Metafísica y del Algebra como de los primores de la Poesía, porque la sensibilidad no le debilita la fuerza del raciocinio, ni éste le hace inaccesible á la sensibilidad: ambas facultades convenientemente aplicadas y prestándose mutuo apoyo son la base de su ingenio. Tal es á grandes rasgos descrita el alma de mi amigo Conrado, y no desciendo á pormenores para darle á conocer más particularmente, porque sobre parecerme inútil, temo que algunos me tachen de exagerado, lo que sentiría en el alma por redundar en descrédito de mi amigo. Al hablar de él, podrá ofuscarme el mucho cariño que le tengo, seré tal vez difuso, pero exagerado jamás. Me quiere de todo corazón y yo sólo siento tener el mío tan pequeño y tan ruín para no quererle más. Confúndeme considerar sus muchas virtudes y las pocas mías, su prodigioso talento y el mío mezquino, y no sé comprender cómo pone su estimación en tan humilde sugeto..... Pero dejemos este asunto que es exclusivamente mío, y si es ridículo hablar de sí mismo en público, es tonto pregonar los defectos, pues la pícara vanidad nos sugiere muchas veces espresiones

humildes con el refinado intento de oír las alabanzas propias de labios ajenos. ¡Ridícula pequeñez!

Vamos al asunto.

Ambos cursamos las mismas asignaturas, aunque él á la carrera de leyes junta otra más santa, más sublime á los ojos de Dios y á los de los hombres de bien. Nos examinamos y nuestros padres se gozaron con nuestras calificaciones. Conrado las comunicó á los suyos pidiéndoles al mismo tiempo permiso para ir á abrazarles y llevar á su amigo, pues los médicos habíanme aconsejado los aires puros de la montaña y las frecuentes escursiones por los bosques. Lo cual encontraría en casa de Conrado junto con el cariño de este buen amigo, y el cariño es la mejor de las medicinas.

Llegó el día de la marcha, y muy de mañanita nos acercamos al santo tribunal de la penitencia, para purificar nuestras almas y hacernos en lo posible dignos de recibir á su Divina Majestad. Demos vacación al cuerpo, pero no olvidemos el alma, decía Conrado. Y el mejor alimento del alma es Dios, único que puede saciarla completamente.

Mis buenas madre y hermana habían dispuesto las maletas con la minuciosidad que sería de suponer si emprendiera un viaje á la China. Nada se les olvidó. ¡Cuán bueno es tener una madre cariñosa! Mi padre entregóme una excelente escopeta y todos los pertrechos de caza, diciéndome alegremente: que no quede ni liebre, ni conejo, ni perdiz, ni siquiera gorriones, en dos leguas á la redonda de casa de Conrado.—Quede V. tranquilo, papá, dije con la misma formalidad, que no va á quedar titere con cabeza. Ya verá V. qué pronto les mandó muestra.—Sí, lo que harás con la escopeta será hacerte mal. ¡Qué ocurrencia la tuya, Andrés, en comprarle una escopeta! Esto, por supuesto, lo dijo mi madre.—Querías, pues, contestó mi padre riendo, que le comprara un abanico?—Habría sido menos peligroso, contestó mi madre con mucha formalidad. Y con una solicitud verdaderamente maternal me hizo mil recomendaciones, para que no expusiera temerariamente la vida, y qué sé yo cuántas cosas. No me dijera más si fuera á cazar tigres y leones. En fin, nos despedimos, no sin llevar de recuerdo un fuerte apretón de manos de mi padre y algunas lagrimitas de mi madre y hermana. Un coche nos aguardaba, á él subimos hasta que dimos con nuestros cuerpos en el tren. Las almas no estaban allí. La mía quedaba despidiéndose aún de mis amados padres, la de Conrado corría, pasaba con mayor velocidad que la locomotora los valles y los montes, los túneles y los puentes, hasta los valles nativos, hasta la casa paterna donde le aguardaban los seres que él amaba tanto y más que los latidos de su corazón.

A las tres horas de marcha llegamos á la ciudad, capital del distrito, emporio del comercio é industria, de las ciencias y letras

de la comarca, la *ciudad* como por antonomasia la llaman los compatriotas de Conrado, y á la que éste en su infancia había admirado como el *non plus ultra* de los humanos adelantos. Apenas parado el tren, Conrado se precipitó fuera con su equipaje y parte del mío, el corazón no le cabía en el pecho: había visto á su hermano mayor José que nos aguardaba con la tartana de la casa. ¡José, hermano mío! ¡Conrado! éstas fueron las únicas palabras proferidas. Los brazos se encargaron de suplir á los labios y manifestar lo que sentían las almas. ¡Cuán pura era la dicha de aquellos dos corazones! —Y nuestros padres? y Rosita? dijo Conrado pasado el primer transporte, pero vivamente emocionado. —Nuestros padres, bien, gracias á Dios, y aguardándote ansiosos, Rosita que ha venido á la ciudad para algunas compras, está en la tartana. Sube. José tomó entonces la mano que le tendí, dióme un fuerte apretón y me dijo: Sea V. bien venido, Juanito. Conrado nos ha hablado de V. y de su familia de tal modo, que mis padres le consideran como un nuevo hijo y yo como un hermano. —¡Oh gracias, José, mil gracias, le dije dándole un fuerte abrazo que recibió y me devolvió cariñoso; no merezco tanta honra, pero sabré apreciarla y hacerme digno de ella.—Suba V. Juanito, que todo el tiempo que perdamos lo robamos al gozo de nuestros padres. Rosita me recibió con muestras de una alegría franca y modesta. Es una señorita muy linda, de agraciado rostro, fresco como las flores del campo, de carácter expansivo, pero modesta y de exquisita delicadeza. En el modo de vestir, en sus finos ademanes y lenguaje se ve claramente que ha de haber sido educada en la capital; y en efecto, hasta los dieciocho años permaneció en uno de los colegios más nombrados. Es dos años menor que Conrado, le ama con pasión y tiene con él notable parecido. José es más alto, más fornido, tez morena, mirada penetrante, voz fuerte, ademanes desahogados; gallarda muestra del labrador rico y joven que ha recibido buena educación, pero que ha desarrollado sus miembros con la saludable gimnasia de las faenas agrícolas. Se nota á la primera ojeada que es el hermano mayor, *l' hereu*. Arregló con presteza nuestro equipaje, subió ligero, tomó con mano práctica las riendas y dando un fuerte grito: ¡Hao rrey!! lanzóse el caballo á un trote largo. Salimos pronto de la ciudad, que no me pareció mala, sino de buen aspecto, limpias las calles y buenos los edificios, y pronto las verdes viñas, los campos segados unos y por segar otros, los olivares, los almendros, higueras y demás frutales por la campiña esparcidos alegraron nuestra vista. Mi corazón sentía un placer y un bienestar que no acertaré á describir. La campiña fértil y hermosa siempre, aunque de continuo variada por las desigualdades del terreno y vueltas de la carretera, el cielo puro y transparente, ligeramente teñido de grana, perdiéndose lejos, muy lejos, más allá de los altos montes que la vista apenas alcanzaba, dábanme

vastísima idea del poder del Dios de la creación; sus maravillas suspendían el ánimo, la tranquilidad, el silencio apenas interrumpido por los alegres cantares de algún joven labrador, ó por los trinos siempre armoniosos del ruiseñor solitario, conmovía mi espíritu, pero la dulce, tierna y purísima expansión de aquellos tres nobles corazones, aquellas muestras de afecto, aquellas manifestaciones de fraternal cariño, nacido y alimentado con los santos ejemplos del hogar paterno, á que se entregaban con infantil abandono Rosita y Conrado, á las que sonreía con fruición José, me impresionaron de tal modo, llenaron mi alma de tan pura y viva emoción, que, no hallando en la tierra cosa que lo igualara, mi espíritu se elevó á las eternas mansiones del Dios infinito, fuente primera de toda belleza. Y miraba sin ver y oía sin atender, porque mis sentidos se hallaban dominados por la emoción de mi alma abismada en delicioso ensueño, en celestial arroboamiento. ¿Por qué, Dios mio, decía, por qué vuestras maravillas impresionan de tal modo nuestro espíritu, que no podemos dejar de confesaros Señor de todo lo criado? ¡Oh! Señor, habeis hecho de la tierra la imagen del paraíso y en el corazón humano depositasteis tesoros de belleza y ternura! ¡Cuán hermoso sois, Dios mio! quién admirará debidamente vuestra hermosura, quién alcanzará á comprender vuestra omnipotencia? Las criaturas insensibles reflejan vuestro poder y el alma humana es imagen de vuestra hermosura. Y no son más que el eco de vuestra voz!.....

Un golpecito que en la espalda me dió Conrado y la alegre voz de Rosita que decía: ya estamos en casa; hiciéronme volver bruscamente al mundo de la realidad, vulgarmente llamado de la *prosa* ó *prosaico*.—Ya? contesté casi maquinalmente.—Pues, sí, hombre, sí; parece que estás en baba mirando el paisaje, dijo Conrado. Bonito, encantador es y más para tí que siempre te andas por los cerros de las musas; pero haznos el favor de contestar cuando te preguntemos. Rosita lo ha hecho y tu contestación se ha evaporado.—Le pido mil perdones, señorita, de mi descortesía, pues es verdad que estoy tan impresionado, que insensiblemente me abismo en la meditación.—Bravo! muy bien! dijo la niña batiendo palmas con infantil alegría, lo mismo me sucedía cuando volvía del colegio, y lo mismo le pasa á este (y dió un golpecito en la mejilla de Conrado con el abanico), sino que disimula porque Pepe no se ría de él como lo hacia conmigo. No es verdad, Juanito, que los que durante algún tiempo hemos fatigado los ojos mirando las pequñeces humanas, nos sentimos vivamente conmovidos delante del grandioso espectáculo que maravillosamente desarrolla la naturaleza que es hija de Dios?—Es mucha verdad, Rosita.—Pues dime tú, hereje, añadió con encantadora formalidad, por qué te reias de mí?—Toma, dijo José, si parecias una bobilla encantada, mirando los pajarillos y las mariposas! y lanzó una sonora carcajada que acabó de ponernos de

buen humor.—Es decir, pregunté, que ya estamos en terrenos de la casa?—Sí, señor...—Por Dios! Pepe, no me dijiste que me tratarías como hermano, ¿á qué viene, pues, este *sí señor*?—Magnífico! dijo Conrado, Juanito habla como quien es, ¡fuera ceremonias!—No se perderá por mí, contestó José, y desde ahora digo que el que las use pierde mi amistad *per omnia sæcula sæculorum*.—*Amen*, respondimos los tres alegremente.—Pues, como íbamos diciendo, estamos hacé rato en nuestra propiedad. Esta es la parte alta destinada á viñedo como ves, estos montes de enfrente cubiertos de bosque por ser mala la tierra para la vid, y luego la parte baja destinada á sembradura y hortaliza.

Ibamos bajando una muy marcada pendiente, haciendo el camino varias revueltas para poder flanquearla más fácilmente, y al volver una de ellas descubrióse de lleno la gran casona antigua y fuerte como la honradez de los que la habitaban.—Allí están mis padres! dijo Conrado con emoción.—Ya nos han visto, exclamó José.—En efecto, su esposa María, guapa, fresca y robusta, llevando un niño al brazo, nos hacía con el otro alegres señales. José respondió haciendo chasquear el látigo, Rosita agitando su brazo derecho armado con el abanico, Conrado y yo saludando con los sombreros. ¡Bueno, bueno, diamante, bueno!! gritaba José más para que le oyeran que para refrenar el galope que había emprendido el caballo. Pronto vimos salir al anciano Patriarca llevando de la mano un rapazuelo de unos cinco años, alegre y bullicioso como su edad y su inocencia, luego á la madre con otro pequeñuelo y la esposa de José. Allí estaban tres generaciones: la que ya se iba, la llena de ilusiones y de vida y la que las empujaba á las dos.

Cuando Conrado vió á sus padres se puso pálido, luego encarnado, dos lágrimas surcaron sus mejillas; ¡pára! dijo á José, y de un salto dejó el asiento y la tartana y corrió al encuentro de su padre, besando su mano y recibiendo el apretado abrazo paternal, y luego las tiernas caricias de su amante y buena madre. Lo que pasó entonces, las frases de cariño que se cruzaron entre el hijo y los padres, júzguenlo los que tengan corazón y sepan lo que es amor paternal ó filial, pues aunque lo siento, no puedo escribirlo. Tampoco diré el recibimiento que me hizo aquella noble y simpática familia, ni las palabras que los dos ancianos me dirigieron: las tengo grabadas en mi corazón; escribiéndolas perderían su aroma.

JUANITO.

(Se continuará.)

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA CALASANCIA,
DR. D. RAFAEL MARSÁ Y DRAPER, *en la sesión pública celebrada el día 3 de diciembre de 1893.*

SEÑORES:

Por fin teneis aquí nuevamente reunida á nuestra Academia, dispuesta tras breve descanso á redoblar sus trabajos en pro de su noble misión de promover en el ánimo de la juventud estudiosa el espíritu de piedad cristiana y el acendrado amor al cultivo de la verdadera ciencia. Al daros en su nombre la bienvenida, á los que abrisantais sus actos con vuestra presencia y con vuestros plácemes, permitidme que os relate, cual corresponde á nuestros constantes amigos, las vicisitudes por que ha pasado la Academia, desde la última vez que nos congregó en este sitio, acto semejante al que estamos celebrando. No puedo menos de recordar siquiera dos acontecimientos, ambos muy interesantes para la Academia: triste y después alegre el primero y tan sólo muy triste el segundo. A principios de verano, una penosa y gravísima enfermedad tuvo en continuo peligro, durante muchos días, la vida del que era nuestro Presidente y continúa siendo nuestro más querido y sincero amigo, el Dr. D. Narciso Pla y Deniel. Las relevantes dotes que como orador y polemista católico posee y de que tan bizarras pruebas tiene dadas á la Academia, su acertado tino en el desempeño de la Presidencia, y sobre todo su amabilidad y lealtad como amigo, son de tal modo conocidas y apreciadas por todos los que formamos parte de la Academia, que sólo puede daros una idea de ese aprecio, la viva ansiedad y aún diré mejor angustia, con que en aquellos días críticos nos enterábamos todos continuamente del curso de su dolencia. Felizmente, cual por milagro de lo Alto, la Academia no ha perdido al que puede considerarse en gran parte como su eje y su alma, y todos damos gracias al cielo de que nuevamente podam os ver á nuestro lado, al joven adalid de la causa de nuestra Religión (y por ende de nuestra Academia) dispuesto, si cabe, con mayores alientos que nunca, á romper lanzas por causa tan noble y sagrada, sin otras consecuencias que de lamentar sean para la Academia, que la de haberle servido el estado convaleciente de su salud, de pretexto para rehusar en el nuevo bienio el honorífico cargo que hasta aquí había con tanto acierto desempeñado, y la de haber sido á su vez esta causa ocasional de que me eligierais para un sitio que requiere cualidades que no creo poseer.

Pero he de hablaros del otro acontecimiento, verdadero día de luto para la Academia. Todos notareis, señores, un vacío en-

tre las distinguidas personas é ilustres Padres que ocupan ordinariamente nuestro estrado presidencial. Cuando en la última sesión nos infundía aliento, con las palabras de aprobación que siempre tenía para nuestros trabajos académicos el Rdo. Rector de este Real Colegio, P. José Gispert, bien lejos estábamos de presumir, siquiera, que al abrir de nuevo el curso, faltara entre nosotros por haber pasado á mejor vida. Dios, en sus inescrutables designios, quiso para su celestial Patria aquella alma que por sus virtudes se había hecho merecedora del eterno premio, y quiso en cambio probarnos á nosotros con la pérdida de nuestro amigo y protector. Cuantos fuisteis sus discipulos y más tarde amigos recordais sus eminentes cualidades como hombre de ciencia y sus preclaras virtudes como religioso, su claro talento, que le llevó á ser una notabilidad en las ciencias naturales, y su grandeza de alma revelada, así en la serenidad de su espíritu y en su palabra, siempre dulce y caritativa, como en su iniciativa y energía poderosas para llevar á cabo grandes empresas, tales como el nuevo Colegio para internos próximo á inaugurarse en el vecino pueblo de Sarriá. Nuestra Academia débele además de ser *Censor* de la Revista, el haber contribuido en gran parte á nuestra fundación y el haber sido siempre nuestro constante apoyo. Aun cuando nuestros ojos corporales no le vean presidiendo estos trabajos, no dudeis que desde lo alto sigue contemplando con amor la obra de nuestra Academia y dispensándole su paternal solicitud. ¡Descanse en paz tan sabio religioso y sacerdote dignísimo! ¡Que Dios haya coronado con su gloria sempiterna al que fué su ministro sobre la tierra!

Después de estos acontecimientos, abierto para la Academia el curso, procedió ésta á la renovación de su Junta Directiva.

No he de deciros si cometió un desacierto al elegirme para el cargo á que al principio aludía, porque harto temo que lo demuestre mi gestión desacertada por falta de aquellas dotes que son necesarias en su desempeño.

Obligado, señores académicos, por el Reglamento me he visto precisado á aceptar vuestra benévola, aunque quizás inconsiderada elección, sin que tenga otra esperanza que el poderoso auxilio que todos espero quereis prestarme y principalmente las sabias advertencias de nuestro P. Director, junto con la cooperación que no me faltará, sin duda, del que, al par que mi antecesor ilustre en este sitio, es también mi mejor amigo.

Y ahora, ahí me teneis ya, con el primer tropiezo, al tener que pronunciar el discurso inaugural de las sesiones públicas que, según reglamento, es obligación del Presidente.

Llevado de mi amor á la Academia muchísimo más aún que del amor propio, yo os confieso que bien quisiera en este momento tener la sabiduría de un hombre superior para que la Academia pudiese vanagloriarse de la ciencia de los discursos

que en ella se pronuncian, y al propio tiempo quisiera tener también la elocuencia de un orador de primera línea, para persuadir y convencer a todos á trabajar con ahinco en la misión salvadora de la Academia: mas ya que ninguna de ambas cosas me es dado alcanzar, permitidme, señores académicos, que en lenguaje familiar y sencillo os recuerde cuál sea esa misión de la Academia y os persuada de su importancia y utilidad grandísimas.

Nuestra misión la expresa claramente nuestro Reglamento. LA ACADEMIA CALASANCIA tiene por objeto:

1.º El fomento y propagación del espíritu de piedad católica, y 2.º el desarrollo intelectual de los académicos por el cultivo de las letras y las ciencias, pero subordinando este desarrollo al espíritu de piedad católica.

Como el primero de dichos objetos sea general en todas las asociaciones católicas, permitidme que me fije tan sólo en el segundo que á la nuestra caracteriza. El desarrollo intelectual de sus individuos subordinado á la piedad cristiana.

Entre el confuso vocerío de esa prensa que se titula libre-pensadora, entre las destempladas voces de los flamantes sabios de café, y aún desde lo alto de alguna cátedra, que para vergüenza de España ocupa algún digno émulo de Voltaire, habrán llegado cien y cien veces á vuestros oídos los epítetos de oscurantistas y retrogrados, lanzados á los católicos, cuya inteligencia, dicen, aherrojada voluntariamente con las cadenas de la sumisión á una autoridad en materias de fe, queda en tan limitada y mezquina esfera de acción, que no alcanza á vislumbrar siquiera los inmensos y clarísimos horizontes de la ciencia, por donde revolotean y se mueven á sus anchuras los osados entendimientos de los partidarios del pensamiento libre.

Pues bien; ante tan infundada como repetida y vulgar acusación de la impiedad yo os digo: que la sumisión de la INTELIGENCIA HUMANA á la autoridad en materias de fe, en nada limita, antes bien extiende y multiplica la órbita inmensa por donde puede esplayar su vuelo: y que precisamente esta sumisión, es el único medio de que nuestra inteligencia no encuentre aniquilada su esfera de acción por la oscuridad y las sombras del error. Yo vengo á deciros, en fin, que nada auxilia en tan alto grado el verdadero desarrollo intelectual como la subordinación á las verdades de la fe católica, y por lo tanto á la piedad cristiana como nuestro Reglamento propone.

Bastan para demostrar esa verdad: un argumento general basado en la naturaleza misma, *de la razón y de la revelación, de la ciencia y la fe*; el examen particular del principio católico con relación á cada uno de los ramos científicos; y la experiencia contenida en la historia del desarrollo del entendimiento humano.

Para que una cosa limite ó coarte la esfera de acción de otra, es necesario que exista entre ambas cierta oposición.

Ahora bien; ¿es posible que exista oposición alguna, entre la ciencia y la fe y por lo tanto entre la revelación y la razón, la naturaleza y la gracia?

¿Si Dios es el autor de la gracia y de la naturaleza, si la creación no es más que las ideas arquetipas de Dios realizadas por la omnipotencia de su brazo, para que por ellas pudiese el hombre elevarse al conocimiento del Creador; si la razón es aquella luz con que Dios ilumina á todo hombre para que pueda conocer las cosas y verdades correspondientes á su naturaleza; si la revelación es la manifestación de los divinos arcanos de que el hombre no podía tener noticia por las solas luces de su inteligencia para que supliendo la revelación lo que falta á la razón el hombre conozca más á Dios; si la ciencia es el conocimiento de las cosas por sus causas, y consiste en ir descorriendo los velos materiales con que se ocultan las cosas para conocer su origen, su fin, sus relaciones, su mutua economía, su orden admirable, la exactitud y permanencia de sus leyes y el todo armónico que forman, manifestando en él la sabiduría y el poder que ha presidido á su creación; si la fe es el don sobrenatural que nos inclina á creer las verdades que Dios nos ha revelado por la sola autoridad de Dios que las revela y nos son propuestas por la Iglesia; decidme: ¿si acaso existiese cualquier clase de pugna, de contradicción ó de antagonismo entre la naturaleza y la gracia, entre la razón y la revelación, entre la ciencia y la fe consideradas en sí mismas, no sería esa lucha, esa contradicción, ese antagonismo, una lucha, contradicción y antagonismo, creados por el mismo Dios? Pero si Dios existe, si Dios es Dios, es imposible que no supiera, pudiera y quisiera armonizar las obras de sus manos, pues de lo contrario no sería sabio, omnipotente ni bueno: Luego es imposible que Dios no haya impedido que la gracia pueda destruir la naturaleza y la revelación pueda aniquilar á la razón, y la fe pueda oponerse á la ciencia, porque de lo contrario, nos haría vivir en perpetuo engaño después de asegurarnos con su palabra que vivíamos en posesión de la verdad. Y si no existe, pues, antagonismo entre la naturaleza y la gracia, la razón y la revelación, la ciencia y la fe, imposible es que ésta limite el vuelo del entendimiento humano.

Pero examinemos ahora el principio católico con relación á cada uno de los diversos campos sobre que puede estender su vista el humano entendimiento. Dios, el hombre, la sociedad, la naturaleza, la creación entera, tales son los objetos en que puede ocuparse nuestra inteligencia: pues bien, en todos esos ramos del saber humano, el principio católico de sumisión del entendimiento á la fe, puede considerarse como *su gran faro* (1) que en vez

(1) Balmes.—El Protestantismo Tom. IV cap. 59.

de contrariar la libertad del navegante, le sirve de guía para no estrellarse en las tinieblas de la noche.

No limitan, señores, el humano entendimiento las verdades sobre la Divinidad, que la fe católica enseña; ni aquellas tan sublimes que sobrepujan la comprensión humana; ni las otras que están perfectamente al alcance de la razón; pues las primeras se hallan en región tan elevada que aun cuando la inteligencia del hombre se entregase á las investigaciones más dilatadas, más profundas y más libres, no fuera posible, á no preceder la revelación, que ni tan siquiera le ocurriese la más remota idea de tan inefables arcanos; y las segundas ó sea aquellas que están al alcance de la razón, han servido precisamente al ser reveladas para dejar fijas, claras y sencillas, al par que grandes y sublimes, las ideas sobre la Divinidad que hasta la aparición del Cristianismo apenas se alcanzaban á vislumbrar entre mil divagaciones, errores y monstruosidades. No limitan tampoco, señores, á la inteligencia humana las verdades que la fe católica enseña con respecto al hombre, pues ellas se reducen á declarar que el alma humana es un espíritu; que el hombre es obra de Dios: que su destino es unirse á Dios para siempre: que la tierra es para él un destierro: que no es tal ahora cual salió de las manos del Creador: que todo el linaje humano sufre las consecuencias de una gran caída: y la creencia en esas verdades lejos de oponerse á los adelantos filosóficos, es antes bien de ellos fecunda semilla; es un polo al rededor del cual como punto seguro y fijo puede girar el entendimiento, y ellas son las que motivan la inmensa ventaja de los filósofos modernos, aún de aquellos mismos que, ingratos las desprecian sobre los filósofos antiguos, pues mientras éstos marchaban en las tinieblas, caminan aquéllos precedidos, aún mal de su grado, de brillante luz. No limitan tampoco, señores, á la humana inteligencia las verdades reveladas por el Dios de los católicos referentes á las ciencias morales, especialmente á las que versan sobre la sociedad, porque en punto á moral no hay doctrina que aventaje á la del Evangelio, como no han podido menos de confesarlo, aún los filósofos más enemigos del Catolicismo; y en punto á doctrinas sociales, no hay otras que sean más á propósito para la verdadera civilización y bien entendida libertad de las naciones. Ni limitan, en fin, señores, ni limitar pueden las verdades de la fe al entendimiento humano, cuando se ocupa en las ciencias naturales, porque precisamente en este punto la religión católica se muestra en extremo reservada, cual si Dios se hubiese propuesto presentarnos á la naturaleza, más como objeto para escitar en nosotros la admiración y gratitud hacia el Autor de ella, que para satisfacer la curiosidad filosófica: y porque el criterio de la Iglesia ha sido siempre en esta materia, según atestigua ya el mismo S. Agustín, el de rechazar tan sólo lo que abiertamente se oponía á la verdad revelada, y cuando la ope-

sición fuese dudosa no precipitarse en su reprobación, y así la misma Iglesia ha contado millares y millares de almas que han igualado en conocimientos naturales á los hombres más sabios, sin que éstos nada hallasen en ellos que fuese contrario á la fe, y antes lo bueno de aquéllos lo encontraban en ésta y lo malo lo vieron en ella reprobado ó corregido.

¶ Pero aparte de esto, señores, en el gran libro de la Historia encontrareis una vez más escrita la verdad que vengo demostrando. Recorred el campo católico y en él encontrareis antes y después que la libertad del pensamiento se hubiese proclamado, á los genios más grandes que han ilustrado con su sabiduría á la humanidad. Presentaos ante las tumbas de esos genios portentosos y conjuradles que os digan si su sumisión á la fe católica limitó el vuelo de su inteligencia, oscureció su fantasía ó secó su corazón, y con la voz poderosa y elocuente de sus obras os contestarán que lejos de abatir esa sumisión el vuelo de su espíritu, había hecho, por el contrario, que fuese más alto, más osado, y al propio tiempo más seguro, más libre de vaguedad y de extravío.

¶ Preguntad á la Historia de las ciencias teológicas y filosóficas si hallaron su desarrollo en el campo del Catolicismo, ó si tan sólo lo han logrado en el terreno del libre examen, que nació en el SIGLO XVI y del libre pesamiento que legítimamente le viene sucediendo, y ellas os recordarán por toda respuesta los nombres de S. Agustín, Tertuliano, S. Isidoro, S. Anselmo, S. Bernardo, Sto. Tomás de Aquino, S. Raymundo de Peñafort, gloria de nuestra Cataluña, Sta. Teresa, S. Juan de la Cruz, el venerable Avila, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, Bacon, Descartes, Pascal, Soto, Suarez y Belarmino: y luego os recordarán los nombres de 100 Escuelas y Universidades que á la sombra y calor del Catolicismo se fundaron y crecieron. Preguntad al arte, si halló inspiración y aliento en campo de la fe, y os contestará la inspiración de Prudencio, del Tasso y del Dante y toda esa arquitectna gótica que por sus detalles rivalizan con los monumentos de la Grecia, y notareis en cambio que la más ruidosa proclamación del libre examen en materias de Religión estalló con motivo de algunas limosnas destinadas á levantar para el mundo cristiano una joya artística digna de él, cual es la Basílica de S. Pedro. Preguntad á la Filosofía de la Historia, y las obras inmortales de S. Agustín, Vico y Bosuet os mostrarán que del seno del Catolicismo ha nacido esa ciencia. Preguntad á la Literatura y os dirá que jamás tuvo época de oro como la de nuestra España, cuando vivían aquellos inmortales escritores oradores y poetas, sujetos al tan denostado oscurantismo católico. Preguntad en fin á todas las ciencias (no quiero hacerme interminable), y ellas os traerán á la memoria listas inacabables de grandes lambreras que en todas ellas han florecido dentro del

Catolicismo. ¿Dónde se halla pues la limitación del entendimiento humano por el acatamiento de las verdades por Dios reveladas?

Permitidme, pues, que os diga con nuestro ilustre Balmes: «hombres insignes, radiantes con la magnífica aureola que ciñeron con unánime aplauso de todos los países civilizados, resplandecen en las filas de los católicos: luego es una calumnia cuanto se ha dicho sobre la tendencia de nuestra religión á esclavizar y oscurecer la mente.

No, no podía ser así: la que ha nacido del seno de la luz no puede producir las tinieblas: la que es obra de la misma verdad no ha menester huir de los rayos del sol, no necesita ocultarse en las entrañas de la tierra: puede marchar á la claridad del día, puede arrostrar la discusión, puede llamar al rededor de sí á todas las inteligencias, con la seguridad de que han de encontrarla tanto más pura, más hermosa y embelesante cuanto la contemplan con atención, cuanto la miran más de cerca (1).

Ostentad, pues, señores académicos, con legítimo y noble orgullo vuestra cualidad de tales ante todos los que se dedican, cual vosotros, al estudio y al cultivo de las ciencias; y cuando oigais quienes acusan al Catolicismo de esclavizar al entendimiento del hombre, preguntadles si son defensores de la libertad ó de la licencia de ese entendimiento; si lo primero, decidles que vengan con nosotros al seno de la Iglesia Católica, porque en ella bajo el principio de la sumisión á la fe, encontrarán la verdadera, vigorosa y fructifera libertad de la razón humana; pero si son lo segundo, si son los defensores de aquella razón orgullosa que una vez más, repitiendo en el *no creo, el non serviam* del paraíso, cayó en las sombras del error, como Adán cayó en las tinieblas del primer pecado, entonces decid á esos corifeos de esa licenciosa razón, á los partidarios de esa libertad insensata que consiste en decir, inculcar y creer toda clase de desvarios, que esa libertad ciertamente no la tenemos los católicos, pero que tampoco la queremos: que antes bien bendecimos mil veces una esclavitud, por la cual quedamos privados de ser ateos ó materialistas, de dudar que nuestra alma viene de Dios y se dirige á Dios, y de que en pos de los sufrimientos que agobian en esta vida al infortunado mortal, hay preparado por los méritos del Hombre-Dios otra vida eternamente feliz. Decidles, en fin, que si el gran desarrollo de su entendimiento adquirido por esa omnimoda libertad de pensar no consiste más que en saber blasfemar de Dios, negarle su existencia y negar al propio tiempo al hombre su libre albedrío y al alma su espiritualidad, su inmortalidad y la alteza de su origen y destinos, no les envidiamos ciertamente ese alto vuelo de su inteligencia: y que mucho menos se

(1) Balmes. El Prot. IV, 62.

lo envidiamos todavía, cuando pasando del orden especulativo al orden práctico, vemos en aquéllas *sus atrevidas concepciones*, los principios lógicamente generadores de esos crímenes horrendos, por unos realizados y por otros tolerados, como el que tiene todavía en conmoción tristísima á nuestra condal ciudad.

HE DICHO.

LA FIN DEL MUNDO

—Señor, señor,—gritó la muchacha, entrando trémula en mi habitación,—¿sabeis lo que ocurre?

—¿Qué ocurre?

—Que hoy no sale el sol.

—Valiente noticia: estará nublado,—dije disponiéndome á reanudar el sueño.

—¡Quiá! no señor; si es que no sale porque se ha quedado dentro: es decir, que no se hace de día.

—¡Cáscaras!—exclamé saltando de la cama. Tú estás loca. Y me lancé á la calle.

El espectáculo era alarmante. Habían dado las nueve de la mañana, y reinaba una obscuridad completa. Algunas pálidas estrellas brillaban lánguidamente en el firmamento, como si lanzasen penosamente sus últimos fulgores. El lado de la aurora estaba oscuro, y en vez de amanecer, las tinieblas aumentaban por momentos.

—¿Qué es esto, Señor?—exclamé angustiado.

—¿Qué es esto?—se oía repetir por todas partes entre lamentos y exclamaciones á las gentes que corrían de un lado para otro.

—Se acabó el mundo,—gritaba uno.

—Es un eclipse,—decía otro.

—¡Qué eclipse ni qué caracoles! ¿No oye usted la trompeta del Juicio?—dijo un señor gansoso.

—No es la del Juicio; es que se publica un bando,—saltó una vieja.

—Oigamos el bando,—gritaron todos lanzándose atropelladamente hacia la plaza inmediata, alumbrada por linternas, hachas y farolitos.

Entre la confusión dominó la voz chillona del pregonero, que decía:

El Exmo. Sr.—Ministro—en telegrama—que acabo de recibir,—me dice lo siguiente:

—Estando fijadas las cinco—de la mañana—como hora oficial—para la salida del sol—en todo el territorio—de la Península,—y habiendo dado las ocho—sin que este astro—haya salido,—pongo el hecho—en conocimiento de V. S.—á fin de

que—con la mayor prudencia—lo transmita al público,—procurando—no se altere el orden—y haciendo saber—que el Gobierno—ha tomado las medidas necesarias—para.....

Al llegar aquí no pude oír más, porque se ahogó la voz del pregonero entre una tempestad de silbidos.

—Vaya una noticia que nos da el Ministro—decía un vejete.

—Pero ya oye usted que se van á tomar medidas,—le replicaba un tercero.

—¿Medidas? ¿Para qué?—saltó una mujer del pueblo.—¿Para hacerle al sei algún gorro de abrigo á ver si quiere sacar la cabeza?

En aquel momento vino á aumentar la confusión un nuevo suceso. Brilló repentinamente en los cielos un resplandor siniestro, y estendióse de pronto desde Oriente á Occidente una inmensa faja rojiza, en que podían leerse perfectamente estas apocalípticas palabras, escritas con negros caracteres:

Se aproxima el fin del mundo

Desde aquel instante, el aspecto de las gentes cambió por completo. Los sollozos sucedieron á los gritos, y las oraciones á las chanzas.

Quien se lanzaba en busca de sus hijos; quien en busca de sus padres, de su esposo, de sus hermanos.

En cuanto á mí, me ocurrió lo que era natural: dirigíme al templo para arreglar mi pasaporte; pero cuando llegué era tarde.

La oleada de los penitentes llegaba en algunas iglesias hasta en medio de las plazas.

Comprendí que era imposible realizar mi cristiano propósito, y me dirigí á mi casa. Acabo de llegar cuando llamaron á la puerta; abro, y se precipita en mis brazos uno de mis más furibundos enemigos.

—Don Luís,—exclamé,—¿usted por aquí?

—Sí, señor; á pedir á usted perdón de mis ofensas.

Al oír aquello, las lágrimas asomaron á mis ojos.

—¡Oh muerte!—exclamé,—qué poderosa es tu influencia!

No acabé mi reflexión, porque en aquel momento volvió á oírse la puerta.

D. Nicomedes Agarra, el primer usurero de la nación, de quien yo era víctima hacia bastante tiempo, me traía en un saquito sus rapiñas de cuatro años, suplicándome las admitiese y disfrutase por largo tiempo.

—Eso quisiéramos usted y yo; tiempo largo. Pero usted bien largo lo ha tenido. Es usted viejo; la muerte para usted no es ninguna novedad.

—¡Qué quiere usted!. No había pensado en ello.

—¡Oh muerte! iba yo á repetir en tono declamatorio cuando la chica me quitó la palabra de la boca anunciándome otra visita.

Era el vecino de la derecha de mi casa, hombre testarudo, que me acababa de entablar un pleito civil y dos querellas porque mi criada había sacudido una escoba en la pared medianera de nuestras galerías.

—Vengo á manifestar á usted—me dijo—que puede la muchacha sacudir en adelante y sin ningún peligro la...

—A usted sí que le sacudiría yo,—iba á contestarle cargado; —pero me acordé del cartelón rojo, y me aguanté como un zorro, admirándome allá para mis adentros del poder que tiene la idea de la muerte para poner en paz á la humanidad.

—El molinero,—gritó entonces la muchacha.

—Que pase.

—No puede, porque viene cargado de harina. Dice que es la que se le ha ido pegando á la piedra del molino en el mes que nos ha servido.

—Pues, hija mía, bien nos ha molido.

—También está aquí el sastre, queriendo hablar con usted.

—¿Trae retales?

—No, señor. Trae el comerciante de paños para rectificar todas las cuentas hechas desde que le visten á usted.

—Querrá decir desde que me desnudan. ¡Oh... idea de la muerte...!

—Señor, dése usted prisa, que también espera el tendero de la esquina para entregar una *harina* en vez de una *arena* que dice dió esta mañana por equivocación.

—Pues no se equivoca en poco este tendero.

—Es que dice que como de harina á arena no van más que dos letras.

—¡Jesús, y qué bárbaro...! Quiero decir: qué hombre tan... vamos tan sencillo! ¡Muerte... y lo que puedes!

—También quiere entrar D. Lino el boticario que ha equivocado la medicina de usted.

—¡Caracoles!... ¡Equivocación de boticario? Si me habrá dado un veneno.

—¡No, señor; como los venenos son caros, dice que en eso no se equivoca. Pero..., señor, veo que no se despacha usted y lo siento, porque también tenía que arreglar con usted unas cuentecitas erradas:

—*Tu quoque, Brutus!*

—Sí, señor, llámeme usted *coque* y *bruto*, y todo lo que usted quiera. Pero ha sido sólo un mal pensamiento que me ha dado cada mañana que iba á la plaza.

—¡Hija...! Si estás yendo hace diez años. Pues ahí es nada el número de pensamientos.

—Perdone usted, señor, yo se los daré á usted todos.

—¿Los malos pensamientos?

—No; las sisas.

—¡Bendito sea Dios!—exclamé aturdido.

—¡Cómo anda el mundo! ¡Qué falta hace de cuando en cuando un Juicio final! Pero... ¡qué tonterías estoy yo diciendo!; y además, sabiendo todos que nos hemos de morir, y pronto, ¿cómo no pensamos siempre de este modo? ¡Oh! Somos unos necios. Pero, calle, que yo también tengo que arreglar mis cuentas. Iré a ver si puedo hacerlo en alguna iglesia.

Con esta idea me dirigí á la más próxima; pero me fué imposible penetrar:

La gente, en vez de disminuir, había aumentado.

El cartelón rojizo, brillando amenazador en lo alto de los cielos, hacía crecer por momentos el número de los penitentes, que hasta entonces habían despreciado el mismo aviso escrito en su corazón.

Entre los tales penitentes se oían diálogos muy curiosos.

—Te aseguro, Bárbara mía—decía un marido con la cara más compungida del mundo,—te aseguro que si te abandoné un poco tiempo fué porque...

—¡Poco tiempo! Grandísimo tunante, ¿aún te parecen poco los doce años que has estado sin verme?

—Pero ya ves cómo me he acordado de tí.

—Tú no te acuerdas de Santa Bárbara mas que cuando truena.

—No digas eso, Barbarica, pues sabes que por los truenos tuvimos que separarnos.

—Hijos,—gritaba un solterón viejo y avaro dirigiéndose á un grupo de obreros,—la muerte se acerca; no más afanes; tomad esos talegos que pesan sobre mi conciencia.

—Gracias, y que aprovechen. Siendo usted viejo, ¿cómo no pensaba lo mismo ayer?

La contestación era atinadísima.

Más allá vi gesticular á un caballero con gafas: era un periodista.

—La mitad de las doctrinas que os he enseñado desde las columnas de mi diario son falsas. Sirva esta declaración en descargo de mi culpa.

—A buena hora mangas verdes,—contestó un viejo de cara patibularia.—¿Quién me indemniza á mí los diez años de presidio que he sufrido por creerlas?

—Dios, y sólo Dios—contestó una voz severa.—Dios, que en la persona de su Hijo está satisfaciendo eternamente todas las deudas que los hombres han contraído con sus iniquidades.

Quién así habló fué un sacerdote de enérgico aspecto, que, atravesando el inmenso gentío, se dirigía á un púlpito colocado en medio de la plaza.

—Estultísimos fieles,—dijo así que alcanzó la tribuna,—no me esplico vuestros arrebatos, ni comprendo vuestra conducta.

Conforme que el aviso puesto en los cielos por la mano del Todopoderoso os haya hecho su efecto, porque á mí también me lo ha hecho, pero acaso antes que apareciese, ¿podriais dudar de que el mundo tenia fin? Antes como ahora, ¿podía estar seguro el viejo ni el joven de que su vida duraba un día más? Pues si no lo estaba, ¿por qué pensar y obrar de tan distinta manera de cómo hoy pensais y obrais? En verdad, hijos míos, que la humanidad parece estar loca. No en vano el sol se ha cansado de vivificarla con sus rayos y alumbrarla con su luz. Hora era ya de acabar con tanta sinrazón. Y en efecto veid como se acaba.

Todos levantamos la cabeza y quedamos horrorizados.

Una nube plomiza y siniestra avanzaba sobre nuestras cabezas, y un frío glacial paralizaba nuestros miembros.

De pronto se oyó un grito de angustia.

Acababa de brillar un relámpago infernal imposible de describir. Iba á estallar un trueno horrorísimo, quizá el último trueno, el trueno gordo del universo.

El pánico se apoderó de todo el mundo, y cada cual trató de esconderse donde pudo.

Yo hice lo mismo, y metí la cabeza no sé donde; pero en el instante oí un gran estrépito y...

—¡¡Dios mío!!—exclamé con todos mis pulmones.

—¿Qué pasa, señor?—gritó la criada precipitándose en mi habitación.—¿Cómo diantres ha caído usted de la cama?

En efecto, todo había sido un sueño, del que acababa de despertar.

Pero ¿en qué triste estado!

La cabeza metida en el cajón de la mesa de noche, y el quinqué, con otras cosas peores, encima de las espaldas.

Repúseme al momento, vestime á la ligera y aunque era muy temprano me eché á la calle para acabar de sacudir la pesadilla.

Y en efecto, la pesadilla desapareció.

Pero no desapareció la idea que le sirvió de tema.

—¡Cómo es posible, pensaba yo, que vivamos tan tranquilos, y con las cuentas tan embrolladas, siendo así que si el mundo no parece acabarse por ahora, en cambio nos podemos acabar nosotros de un momento á otro!

Tanta impresión llegó á hacer en mí esta idea, que aquella misma mañana di comienzo á una liquidación general de todas mis cuentas, y desde aquel día mi vida cambió radicalmente.

—Tú estás *chiflado*,—me decía un amigo que supo lo del sueño.

—¿Chiflado, eh? ¿Pues sabes lo que te digo? que ojalá todos los hombres se chiflaran de la misma manera.

—¿Por qué?

—Porque entonces, ni mentirían los periodistas, ni robarían los comerciantes, ni se equivocarían los boticarios, ni embrolla-

rian los abogados, ni los usureros se tragarian á la humanidad. De donde yo deduzco una cosa muy importante, y es que los verdaderos chillados son los que no se chillan nunca.

Es decir, los que jamás piensan en la muerte.

ADOLFO CLAVARANA. -

REVISTA DE LA QUINCENA

De verdadero acontecimiento religioso puede y debe ser calificado el Congreso Eucarístico celebrado en la ciudad de Valencia, desde el 20 al 26 del próximo pasado Noviembre, con la asistencia de 22 Prelados Diocesanos, y bajo la Presidencia del Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla. Sobre todo, la procesión solemne del día 26, y que fué presidida por el reverendísimo Sr. Nuncio S. S., Mgr. Serafin Cretoni, fué una manifestación católica insuperable en su género. Acompañaban á S. M. Divina, todas las autoridades de la Capital, representaciones de las asociaciones católicas, comisiones de las Parroquias del Arzobispado, la mayor parte de los congresistas, formando un total de cerca de 7000 acompañantes con sus respectivos cirios, hachas ó blandones, los cuales desfilaron durante cinco horas y media por entre una multitud apiñada, silenciosa, reverente, compuesta de los habitantes de la ciudad y de las poblaciones comarcanas. Pocas veces ha recibido Jesús Sacramentado un homenaje de adoración tan solemne, tan edificante, tan grandioso.

Y la procesión á que nos referimos no era sino el último acto de una serie hebdomadaria á que el Congreso Eucarístico se habia consagrado, y cuyos detalles habrán visto nuestros lectores en los Diarios católicos. Si el Sr. Arzobispo de Valencia, D. Ciriaco Sancha, organizador del Congreso, puede gloriarse del éxito obtenido, también los Prelados que acudieron á Valencia, y en general todos los congresistas, han quedado altamente edificados de la vida eucarística que rebosa en la católica Ciudad del Turia, y aún en gran parte de las poblaciones del Arzobispado. Existe en Valencia la *Adoración nocturna* de Jesús Sacramentado, que cuenta cerca de 900 asociados; existe en las poblaciones más importantes de la Archidiócesis; y en los pueblos de menor vecindario se han establecido, con el nombre de *vigilias*, adoraciones nocturnas que en ciertos días empiezan á las diez de la noche y que terminan después de la misa de comunión de los adoradores. No es mucho, pues, que los Prelados que asistieron al Congreso Eucarístico, tomaran el acertado acuerdo de introducir en sus respectivas Diócesis la *Adoración nocturna*, y donde no sea posible, las *vigilias eucarísticas*, confeccionando al efecto un Reglamento general que después cada Diocesano

modificará según exijan las circunstancias de las diversas localidades.

Otro acuerdo, importantísimo para los catalanes católicos, tomaron los señores Obispos reunidos en Valencia; el de celebrar el cuarto Congreso Católico nacional, durante el Octubre de 1894, en la nobilísima ciudad de Tarragona, Sede Metropolitana de nuestra provincia eclesiástica. LA ACADEMIA CALASANCIA se pone incondicionalmente á las órdenes del Excmo. Sr. Arzobispo de Tarragona, para que de ella se sirva en todo lo que pueda concurrir á los fines del Congreso.

*
* *

La situación de Melilla ha cambiado completamente de faz desde el nombramiento del Capitán General D. Arsenio Martínez de Campos, para general en jefe del ejército de operaciones. Los rifeños han abandonado nuestro campo de Melilla, han dejado de hostilizar á nuestros soldados, y contemplan impasibles la construcción del fuerte Sidi-Aguariach, contra la cual habían prometido extremar todos sus esfuerzos. Tenemos en Melilla un ejército de 24 mil hombres, mandado por el primero de nuestros generales, y que tiene el encargo de proteger la construcción de un fuerte, á la cual nadie en la actualidad se opone. Vergonzoso era para nuestros heroicos soldados el que se les obligara á permanecer encerrados en las fortificaciones, mientras los rifeños continuaban posesionados de Sidi-Aguariach; vergonzoso era aun más para ellos, que las únicas hostilidades contra los enemigos que detentaban nuestra soberanía, fueran encomendadas al revolucionario y libre pensador capitán Ariza y á un par de docenas de presidiarios, únicos, al parecer, encargados de vindicar el honor nacional y de asegurar la dignidad de la patria; pero tampoco resulta nada airoso que digamos el papel que actualmente desempeña nuestro ejército protegiendo unas operaciones de construcción á las cuales nadie se opone. No faltaba, para completar nuestro descrédito ante las naciones civilizadas, sino que el cuerpo expedicionario acaudillado por Martínez Campos, regresara á la Península, sin haberse presentado frente del enemigo.

La verdad es que no hemos podido hacerlo peor en Africa. Los políticos del Riff han dado quince y raya á nuestros políticos madrileños. Nos han hostilizado mientras no hemos podido defendernos; y han cesado en todas sus hostilidades cuando nos hemos puesto en situación de defensa. Fueron agresores mientras estuvimos á la defensiva, y cuando hemos querido tomar la ofensiva, nos han pedido la paz, y dispuestos están á pedirnos perdón. Cuando ellos nos combatían con sus espingardas y gummies, y nos expulsaban de nuestro propio territorio y mataban á nuestro primer jefe militar, nuestro Gobierno se defendía con

Notas diplomáticas y lo fiaba todo á las habilidades cancillerescas; y ahora que nosotros, gastando millones que no teníamos, hemos mandado á Melilla un respetable cuerpo de ejército, suficiente y sobrado para vengar los agravios recibidos, ellos nos responden con negociaciones diplomáticas, con protestas de amistad y brindando satisfacciones que no repondrán nuestro prestigio. Con las armas paralizaron antes nuestra acción diplomática, con la diplomacia paralizan ahora la acción de nuestras armas; y con uno y otro nos han desacreditado ante el mundo entero, evidenciando que ni tenemos administración militar, ni verdaderos hombres de Estado. Nos han atropellado, nos han arruinado, nos ha desprestigiado, y no hemos sabido parar ni uno solo de sus golpes. Nosotros continuamos llamándolos bárbaros; pero se han conducido con un tino que no han tenido nuestros gobernantes; quienes se vieron y se desearon durante el período de las hostilidades, y más perplejos se encuentran aún ahora que no saben cómo cohonestar la expedición militar realizada.

Desde que Martínez Campos ha tomado la dirección de las operaciones, los rifeños se han retirado á su territorio, y ni un solo tiro han disparado contra los constructores de Sidi-Aguariach. En cambio uno de los presidiarios de la partida Ariza cortó las orejas á un moro pacífico y aliado de España, mostrando con ese hecho que los bandoleros de Ariza, si pueden competir en valor con los rifeños, pueden también competir en ferocidad é instintos sanguinarios. Verdad es que el General Martínez Campos ha hecho fusilar al criminal, y aún rezan los últimos telegramas que ha disuelto la partida Ariza, acabando con una vergüenza que no sabemos cómo consentía el General Macías, teniendo á sus órdenes doce ó catorce mil hombres. Bajo el mando del pundonoroso y cristiano General en jefe, si de nuevo se rompen las hostilidades, la guerra se hará como siempre la ha hecho el ejército español, como siempre la hacen los ejércitos bien disciplinados, con valor y caballerosidad, no manejando la navaja como los penados que á las órdenes de Ariza formaban en Melilla la ronda nocturna.

Discútese mucho en la prensa periódica si la tranquilidad de los rifeños es simplemente una tregua, ó si es un ardid de que se valen para caer sobre nuestros soldados en sazón más oportuna. Dada la táctica rapsodica que en estos dos últimos meses han puesto en juego las kábilas y los ministros y enviados de Muley Hassan, de esperar es que hayan abandonado todo intento de hostilizar á nuestras tropas, con lo cual sacarían de apuros á nuestros gobernantes, y seguramente preferirán extremar las protestas de amistad á España, entablando un arreglo diplomático que tardará meses y meses en quedar resuelto, y obligándonos á conservar en Melilla un respetable cuerpo de ejército en pie de guerra, con lo cual nos obligarán á mayores gastos de lo que

supondrá la indemnización que se convenga, y á la pérdida, por causa de enfermedades, de mayor número de soldados de los que sucumbirían en una rápida y bien entendida expedición al Riff en busca del desagravio de nuestra bandera.

*
* *

Finalmente y después de varias tentativas para formar en París un Ministerio de concentración republicana, se ha visto precisado Mr. Carnot á confiar la formación del nuevo Gabinete á Mr. Casimiro Perier, presidente de la Cámara popular y republicano convencido y moderado. Casimiro Perier era actualmente el hombre político de Francia que con fundamento podía aspirar á sustituir á Mr. Carnot en la Presidencia de la República; y como la jefatura del Gobierno puede mermar el prestigio del Presidente de la Cámara, Mr. Carnot, al confiar á Perier el honorífico cargo de formar gabinete, ha intentado, según afirman los Diarios mejor informados, desembarazarse de un competidor temible. Mr. Casimiro Perier hubiera preferido continuar ocupando el sillón presidencial de la Cámara; pero se ha visto precisado á aceptar la comisión que Mr. Carnot le confiara, á fin de no perder su prestigio, anteponiendo el interés personal al interés nacional que reclamaba de él el sacrificio que á regañadientes ha aceptado. Como quiera que esto sea, la jefatura de Mr. Perier es garantía de orden y de moderación y contribuirá no poco á la pacificación social y religiosa tan deseada de todos los franceses. Acaso Mr. Casimiro Perier, apoyado por la derecha de la Cámara, se vea precisado á presentar batalla al socialismo y al radicalismo; pero con esto, no hará sino realzar la grandeza de la Nación francesa y asegurar su influencia en los destinos del mundo civilizado.

*
* *

Los católicos del Centro alemán han conseguido una brillante victoria: han logrado que fuera abolida la ley contra los jesuitas y corporaciones asimilares. Sabido es que el programa electoral del Centro insistía sobre dos puntos principales: la abolición de las leyes contra las Congregaciones religiosas y la derogación de las leyes vigentes sobre enseñanza. Aquéllas han sido ya abolidas; ahora todas las fuerzas del Centro se dirigirán á la abolición de las segundas. Claro está que los católicos del Centro se hallan en minoría en el Parlamento del Imperio; pero han sumado á sus votos los votos de los otros Diputados católicos, y aún algunos de Diputados que no profesan las creencias católicas. Ese triunfo ha demostrado una vez más que la obra de Windthorst ha sobrevivido á su autor, y que el Centro continúa siendo anhelado y sobre todo un partido católico, que subordina todas las cuestiones secundarias á la cuestión religiosa, de conformidad con las repetidas enseñanzas de León XIII.

E. LL.